

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18, 25-28): *¿Es injusto mi proceder?*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 2, 1-11): *Dejaos guiar por la humildad.*

Evangelio (Mateo 21 28-32): *Ve hoy a trabajar en la viña.*

El espejismo económico previo a la crisis económico-financiera que hemos padecido, nos hizo olvidar la responsabilidad colectiva en la construcción social así como la vigilancia de aquellos que tienen responsabilidad sobre el destino de todos. Todo se tiñó de gris e incertidumbre: cayeron gobiernos, desaparecieron millones de puestos de trabajo y se esfumaron un sinnúmero de proyectos e ilusiones.

Durante ese tiempo encontramos razones para la preocupación, para la decepción, para el miedo, y hasta para el enfado, que nos llevó hasta a perder nuestras más íntimas convicciones. Luego, ante las prácticas injustas, inmorales e ilegales en muchos ámbitos de la vida, nos revelamos al comprender que el problema era de todos, y la solución también dependía de todos. No podíamos desentendernos y mirar hacia otro lado. Todos éramos responsables de salir adelante en esos momentos difíciles.

Regenerar un espacio social donde la voz y la vida de cada persona sea insustituible, afrontar los desafíos de cada tiempo, trabajando por la sostenibilidad social y devolver la ilusión a quien la ha perdido. Son motivos para el trabajo de todos para recuperar la alegría en nuestra vida y el color en nuestra sociedad.

La sociedad también se construye desde lo pequeño, desde lo próximo y cercano. La actuación de cada persona, los proyectos de cada familia, las preocupaciones de entidades vecinales y sociales... son un buen termómetro de la calidad democrática de una sociedad. No hace falta ser presidente de un gobierno, director general de una empresa o dirigente de una organización sindical para ser una pieza insustituible de la sociedad.

Es necesario reconocer en el prójimo a alguien importante, es esencial tomar conciencia de que los problemas de todos, afectan, especialmente, a los más débiles; es preciso aprender a dialogar, a tomar decisiones juntos, a habilitar cauces de participación en todos los ámbitos, pequeños y grandes. Solo de este modo habremos aprendido la lección. Todos somos necesarios para todos. Todos somos imprescindibles para todos.

Poco caso hicieron los dos hijos al padre. El uno negó su autoridad, el otro respondió a la ligera. Ahora bien, cumplió el que inicialmente dio la respuesta negativa. Ese hizo la voluntad del padre: ir a trabajar a su viña. El segundo pudo quedar bien... pero no cumplió.

Cuando Jesús nos propone esta parábola nos hace pensar sobre la acogida de su Palabra. Él no piensa en los convencionalismos sino en la aceptación real. Cuestiona la hipocresía de quien responde a la ligera y destaca la actitud de aquellos que cumplen su voluntad, aunque sea con limitaciones, con errores e imperfecciones.

No cayeron bien sus palabras; poner como modelo a los pecadores en la aceptación de la voluntad de Dios no era lo que muchos querían escuchar. Una vez más Jesús se salta la cortesía para presentar con claridad las enseñanzas de Dios. Todos lo entendieron, nosotros también. No se trata de quedar bien sino de acoger, con sincero corazón, la palabra y la vida del Señor.

Todos estamos vinculados a Dios. Él es padre de todos y quiere el bien para sus hijos. Él nos muestra su voluntad: que seamos trabajadores de su viña, que sigamos cultivando su proyecto, que nos esforcemos en desarrollar un mundo como Él lo ha soñado y unas relaciones en amor y justicia como Él las ha planificado.

Dios nos invita a ser corresponsables, a vivir con un corazón unido, con un mismo amor y un mismo sentir. Haciendo de la humildad un estandarte y del servicio un estilo de vida. La referencia fundamental es Jesús de Nazaret que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos. Nosotros queremos seguir su ejemplo. Jesús fue el mayor trabajador de la viña del Padre, hasta el extremo, hasta las últimas consecuencias, hasta dar la vida. No tuvo reparos en hacer la voluntad del Padre. Su vida es un modelo de identificación, de entrega y amor.

La acogida de la voluntad del Padre se apoya en el encuentro de fe, que nos hace tener “los sentimientos de una vida en Jesús”. Nosotros hemos encontrado al Señor, hemos descubierto su Evangelio y queremos cumplir su voluntad.

La viña de Dios está esperando a trabajadores que la cultiven. Es necesario promover la solidaridad ante quienes están solos y desamparados. Es necesario apostar por la promoción de quienes están tirados al borde del camino. Es necesario trabajar el perdón entre aquellos que se han distanciado. Es necesario sembrar la esperanza en quienes la han perdido.

Hoy también nos dice Dios a cada uno de nosotros: Ve a trabajar a mi viña. La respuesta es de cada uno. Una respuesta de palabra y de obra, auténtica, generosa, integral. Que el Señor nos de su fuerza para responderle con nuestra vida.